

Reseñas  
Bibliográficas  
GRACIAS

A stylized graphic design featuring large, bold letters. A large 'U' is on the right, a large 'R' is on the left, and a large 'S' is at the bottom right. The text 'Reseñas Bibliográficas' is written in a cursive font across the top, and 'GRACIAS' is written in a bold, blocky font across the bottom.

Ignacio Gómez de Liaño (1990)  
**Paisajes del placer y de la culpa.**  
Madrid.: Tecnos.

De los cinco ensayos que componen este libro de filosofía, mitología y literatura, el eutor elige el primero, "los paisajes del placer y de la culpa", para describirnos esos jardines literarios que tienen en común, "ser realidades engañosas, que se jan de abandonar para ir o para reotrnar a la única realidad verdadera, que la razón comunica" (p.108). En este primer ensayo recorreremos el jardín del sumerio *Cantar de Gilgamés*, el de *Eric y Enid* de Chrétien de Troyes o el jardín de hechizos tenológicos de *Las abejas de cristal* de Junger, haciendo escala por ep Paraiso, las isalas de Eea y Ogigia y los jardines de Alcina (*Orlando Furioso*) y Armida (*Jerusalén liberada*). Paisajes donde los sentidos descubren el placer, pero donde se produce la revelación de la muerte, de la propia mortalidad. Espacios paradigmáticos de una arquitectura paisajística hispano-árabe en cierto modo semejantes a las representaciones y mapas del "Paradeisos". Variante del "locus amoenus", como señalara ya Curtius, el Paraiso fue el modelo de jardín que los escritores latinos tomaron de *Los jardines Elisios* virgilianos. La cristianización del jardín, apuntada por Curtius, implicará una gnoseología de la culpa ubicada en el "topos acróncico" del jardín. Este proceso de conocimiento autorreflexivo se da en el espacio simbólico del jardín-isla a través de una figura femenina de la seducción, la encantadora, hada o hechicera, que intenta desviar al héroe de su destino histórico. Ishtar o Siduri, Eva, Calypso, circe, alcina, armida, Auristela, Falsirena, Leonor,... En el juego especular entre Gilgamés-Enkidú, Adán, Ruggiero, Reinaldo, Periandro, Crítilo o Antonio y las seductoras, los héroes subordinarán su ilusión de belleza al orden superior de la razón autorreflexiva. Odiseo volver para ser rey-padre-esposo, es decir pra refrendar el nuevo orden patriarcal de los dioses olímpicos. Así, la derrota de la diosa madre, a la que dedica Gómez de Liaño su "Ensayo en torno a la diosa blanca", supone la creación de un nuevo imaginario de la razón que va sustituyendo a los misterios de la diosa. Al mismo tiempo, si la isla ya será patraña imaginativa en el *Persiles* e incluso alegoría de la voluntad frente a la razón en *El Críticón*, la nueva Circe de Gracián, Falsirena, "la séductora, que, en otros tiempos, fue ya madre de la humanidad, ya diosa o semidiosa, ya mágica princesa, es ahora una simple buscona, una astuta mujer de vida alegre" (p.97). En la lectura mítico-simbólica de Gómez Liaño, el jardín es el lugar del conocimiento y de la belleza, pero también es el lugar del pecado y de la culpa. Hubiera sido interesante explorar el simbolismo de esa figura que convierte el jardín en lugar de revelación. ¿Por qué el imaginario de la culpa se

atribuye a estas representaciones femeninas?. Caro Baroja lo atribuye a un "complejo de Circe", a un miedo ancestral del hombre al poder mágico-natural atribuido a lo femenino y representado por estas figuras de hadas, hechiceras y brujas. Una interpretación feminista de los mitos y diosas que parece insinuarnos veladamente Liaño en el ensayo sobre R. Graves que da continuidad a los dos textos ensayísticos. Ambos parecen completarse con "los límites de la tierra y del mar" esas ciudades o paisajes donde se revela la dialéctica de dos masas inconmesurables, ofreciendo el agua la imagen reflejada de un espacio inaccesible.

Los dos ensayos que completan el libro, dedicados respectivamente a la muerte de Villamediana y a las relaciones de la literatura y pintura, demuestran la afición de autor por nuestra literatura clásica. "Picta poesis" retoma el verso horaciano para discurrir sobre el paralelismo entre literatura y arte, en la línea de E. Orozco y M. Praz. Es Mnemosyne, la madre de las musas y de la memoria, que hacen posible la "imagen" que preside el arte descriptivo, tan en boga en el Renacimiento y en especial durante el Manierismo y el Barroco.

Un libro de exploraciones estéticas en la línea de Franco Cardini en su artículo sobre el jardín cortés, al que diferencia del jardín monástico en su connotación mágica: ed è opportuno fare notare come isola e giardino si equivalgono inanzitutto per il dato comune del limite invalicabile o comunque arduo a valicarsi, che per l'isola sarà il mare o l'oceano laddove per il giardino è il muro, o l'inferriata, o il magico cerchio d'arica descritto da Chrétien de Troyes". "La galleria di splendide isolergiardino culmina nell'inganno, nella finzione, nel diabolico gioco di specchi". ("Natura ragione e Amore", Prometeo, 1983, 1-1, pp.18-33). Un tema fascinante para los aficionados al arte y la literatura, la contemplación de estos espacios paisajísticos que nos llegan a través de la lectura mítico-simbólico-alegórica de Liaño. Una crítica, sin embargo, a la muy cuidada edición de Tecnos con bellas reproducciones de ediciones de la Biblioteca Nacional: la ausencia de una bibliografía mínima sobre los temas tratados. Innecesaria para, por ejemplo, los ensayos sobre Villamediana, Graves (*La diosa blanca*) o Praz (*Mnemosyne*), por el hecho de ser lecturas interpretativas que aortan su propio aparato textual, se echa de menos la bibliografía que el autor ha utilizado para el paisaje del jardín. Unas lecturas mínimas que incluyeran los nombres de R. asunto (*Filosofia del giardino e filosofia nel giardino. Saggi di teoria e storia dell'estetica*. Roma, 1981; M. Levi d'Ancona (*The Garden of the Renaissance. Botanical Symbolism in Italian Printing*, Firenze, 1977; P.Santarcangeli (*Il libro dei Labirinti. Storia di un mito e di un simbolo*. Firenze, 1967) o A. Egido. (especialmente su introducción a la edición de *Paraiso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos*, de Soto de Rojas, Madrid,

19..) servirían para orientar al lector interesado por las formas simbólicas y las imágenes arquetípicas de estas narraciones, tan frecuentes, como señala el autor, en la materia de Bretaña.

El texto, aligerado de citas, e intentando no desviarse de un trazado plan, aparece como un "continuum" descriptivo que se hace narrativo durante la interpretación, en la que a veces aparecen comentarios de tono subjetivo. Un comentario estético que explora simbólica y alegóricamente paisajes míticos de la literatura y de la pintura, donde la seducción del hada ritualiza la iniciación a un estado natural y mágico y donde el tiempo ha detenido la sucesión de las estaciones. Un jardín donde el hada alcina ha metamorfoseado a sus amantes desdeñados en plantas, líquicos o bestias, según nos cuenta Astolfo transformado en mirto:

"E perché essi no vadano pel mondo  
di lei narrando la vita lasciva,  
chi qué chi lá, pero lo terren fecondo'  
li muta, altri in abete, altri in oliva,  
altri in palma, altri in cedro, altri secondo  
che vedi me su questa verde riva;  
altri in liquido fonte, alcuni in fiera,  
come piú agrada a quella fatta altiera".

*Orlando furioso*, Octava 51, Canto VI.

Lola Luna.

JOSEP R. LLOBERA (1990)  
**La identidad de la antropología.**  
Barcelona: Anagrama

Le ha ocurrido a Josep Llobera justamente lo contrario de Nigel Barley, a pesar de haber partido ambos de situaciones académicas parecidas: Barley, antropólogo de gabinete como Llobera, salió a trabajar sobre el terreno a una edad tardía, y se trajo de su estancia entre los dowayo uno de los libros más divertidos y agudos de la antropología última, El antropólogo inocente (también en Anagrama); Llobera que, a sus 50 años, ha tenido su primera experiencia etnográfica en Barbados, parece haber vuelto del Caribe con unas tópicas y "existenciales" conclusiones sobre el racismo, y un libro, el que aquí se reseña, lleno de denuestos contra los discípulos de Geertz y la antropología "posmoderna" en general.

¿Por qué esa enemiga súya contra la progenie geertziana?: el trabajo de campo parece ser la principal razón. O mejor dicho, la crucial relevancia epistemológica que los "posmodernos" otorgan a la experiencia etnográfica. Y ésta, según Llobera, reconstituída "como género literario a caballo entre la novela, el libro de viajes y la autobiografía".

Tanto este exhibicionismo (que nuestro autor llega a calificar de "pornográfico", no sé si presuponiendo que toda estrecha relación con el informante nativo tiene un fondo homosexual), como el dialogismo erigido en modelo de extracción de información (que convierte al nativo en guardián de una verdad cultural que nunca llega a revelarse,; verdadero etnógrafo, por tanto, si no fuera porque quien levanta acta notarial es el scholar en ciernes), molestan a Llobera, no tanto por su falta de decoro (al desvelar que debajo del sujeto gnoseológico trabajan el yo empírico y el sujeto deseante), cuanto porque convierten a la antropología en una pura "terapia individual para el etnógrafo occidental, a la vez que pretenden evitar la objetivación de las culturas primitivas o primitivizadas". La etnografía renuncia así a la ciencia "para convertirse en ciencia ficción", en puro género literario, cuando por lo que Llobera lucha es "por conservarla en el campo científico".

Lucha digna de toda loa, en la que lleva no poco tiempo partiéndose el pecho Marvin Harris (quien, por cierto, maneja al menos la distinción etic/emic, fundamental para garantizar que el etnógrafo no fantasea ni el antropólogo generaliza en falso, y que Llobera parece desconocer), y a la que Lévi-Strauss (convertido ahora en estandarte de Llobera, cuando nadie hasta ahora había notado en él la menor influencia del Maestro francés) presta esquizofrénico apoyo, cuando pretende olvidarse de Tristes trópicos, o de ese artículo fundamental, suscribible por cualquier antropólogo "posmoderno",

que es J.J.Rousseau, fundador de las ciencia humanas (donde, por cierto, la relación del etnógrafo con el "Otro"-- la mayúscula es empeño de Llobera-- tiene un claro carácter trasferencial, ergo "terapéutico").

"Ciencia ", en la pluma de nuestro defensor de las esencias nomotéticas de la Antropología, quiere decir generalización comparatista, en la que la precisión contextual y la categorización emic (interna, por decirlo pronto) del entorno--cuya mala comprensión ha dado lugar a tantos equívocos antropológicos--, parecen no ser relevantes. Según Llobera, "que las explicaciones coincidan o no con los modelos de los actores es irrelevante, tanto en nuestra sociedad como en cualquier otra". Lo que nos llevaría a concluir que tanto da si se conoce o no la gramática de otra lengua, ya que lo que importa no es adquirir una competencia parecida a la del hablante nativo, sino decir lo que a uno se le ocurra en la propia lengua, aunque no se le entienda. O algo así, por ligera reductio ad absurdum.

Esto no obsta para que Llobera diga verdades como puños sobre la sacralización del trabajo de campo, el carácter funcional y átono de la mayor parte de los recientes antropólogos, y la decadencia del imprescindible método comparatista, así como el rechazo de las grandes construcciones teóricas de referencia (hybris en la que resulta difícil acusar a Geertz, como Llobera pretende: ahí está Local Knowledge, sin ir más lejos, para desmentirlo).

Pero algo en el estilo de los "jóvenes turcos" de la antropología americana le revuelve las tripas, hasta el punto de obcecarse en atribuirles posiciones que no son deducibles de sus afirmaciones, generalmente polémicas y agresivas, pero en modo alguno fundadas en "filosofías sociales caducas" y "genealogías fabulosas presididas por el tándem Weber-Husserl". La propuesta de Rabinow, Rosaldo, Fisher y tutti quanti tiene que ver con el desvelamiento de la retórica inconsciente de la disciplina, la misma que permite generalizar sin mediación subjetiva, sobre la base de categorías supuestamente universales, y nunca bien criticadas en su determinación cultural. Tomar en cuenta ésto tal vez resulte un engorro teórico, pero es justamente lo que distingue a la antropología de la sociología, si bien la problemática identidad de la antropología parece estar constituida precisamente sobre la discusión de esos límites.

A.C.

AMANDO DE MIGUEL (1990)

**Los Españoles**

Madrid: Temas de Hoy.

Ahora que una serie de antropólogos barceloneses andamos metidos en la idea de lanzar una asociación titulada "antropólogos de guardia", para el diagnóstico, que no la cura (ésta depende de las instancias técnico-políticas), de éso que antes solía denominarse los "males patrios", el último libro de Amando de Miguel viene a dejar constancia de que, si alguien ha habido que, con penetración clínica e incisividad dialéctica, mantuviera una constante postura de atalaya, disección y comentario público del acontecer social hispano, en los últimos tres lustros, ése ha sido él.

Claro es que, entre nuestros pensadores y ensayistas, pocos hay tan dotados como él para dicha tarea: se necesita mucha entereza de ánimo, mucho vigor físico, más que moral (ya decía Cela que, para que para conseguir escucha en este país, hace falta sobre todo resistencia física), y una capacidad graforrética sólo equiparable a la de Ricardo de la Cierva (quien dispone, al parecer, de abundantes negros), para cumplir la misión de guarda e intérprete que Amando de Miguel se ha impuesto en estos años.

Ahí están, para confirmarlo-- cito de memoria, pero en orden casi cronológico--: Los intelectuales bonitos, Sociología de las páginas de opinión, El rompecabezas nacional, La perversión del lenguaje, y La ambición del César (en colaboración con J.L.Gutiérrez), además de numerosos artículos, en los que la actualidad española es viviseccionada con puntualidad e ironía, desde una perspectiva moteada a la vez por un cierto senequismo canovista y un optimismo cuasi-regeneracionista.

Paralelamente a esta poco habitual mezcla de matizado fatalismo y reticente vocación arbitrista (que quizás habría que conectar con la tradición tacitista española), el método discursivo de Amando de Miguel se manifiesta como una curiosa mezcla de análisis lingüístico, conceptualización ecléctica y análisis impresionista (que mutuamente se apoyan en una deriva de eficaz parcheo ensayístico), corolarios estadísticos (que aparecen como datos protocolares, pero no lo son) y audaces fórmulas conclusivas, en la mejor tradición del quiasmo y el oxímoron hispanos.

De todo este método analítico-expositivo es cifra y síntesis el libro que aquí se comenta, salido a la luz en un paradójico momento del devenir patrio: cuando ya los libros sobre la "realidad histórica de España" (aquéllos que, aún en la estela de la polémica Castro-Sánchez Albornoz, e inducidos por la

novedad de la situación, escribían a mediados de los 70, los Cebrían, los Fdez. Ordoñez, los Jiménez Losantos, etc. etc.) parecen pasados de moda, tras la casi plena integración en Europa, y la oferta de patronazgo generosamente tendida a Ultramar, de cara al 92; y cuando, en cambio, la percepción estructural de la "vividura" hispana (como demuestran las ramificaciones del "Caso Guerra", la configuración "priísta" de la política española y, en general, el frankenstein tecnoeconómico que funda nuestra base material de subsistencia) sigue estando tan oscura, para la mayor parte de los españoles, como en los más siniestros años del franquismo.

El desentrañamiento de este complejo de oscuridades forma el meollo de la argumentación de Amando de Miguel, en este su último libro, que sin embargo señala más de lo que explica, debido al estilo impresionista elegido, es de suponer que más en aras de su eficacia persuasiva (dentro de lo poco que se puede persuadir en un país de prealineados y posconvencidos), que de su rigor interpretativo: lo que redundaba en una cierta banalización de muchas de sus conclusiones más contundentes, oculta tras el camuflaje de fórmulas tan relumbrantes como faltas de verdadero contenido explicativo.

La mejor muestra de ésto es, sin duda alguna, esa explicación del triunfo del imperante "socialismo sociológico" en términos de una minoría de "agnósticos ricos" que manipulan a una mayoría de "católicos pobres", políticamente indiferentes. "La combinación que hizo estallar la Guerra Civil--apostilla De Miguel-- fué otra: la de los agnósticos pobres contra los católicos ricos". Lo que explicaría la estabilidad actual por una especie de quiasmo neutralizador que, por muy brillante que resulte a nivel verbal, deja sin explicar como el franquismo sociológico se transformó en "socialismo sociológico", por qué los yuppies se hicieron precisamente socialistas, cuando y cómo los católicos progres se hicieron agnósticos y los católicos carcas dejaron de ser ultramontanos, y tantas otras cosas que remiten a algo que Amando de Miguel, a pesar de su método conceptualmente ecléctico (y operativamente próximo al análisis hermenéutico, hoy tan en boga en antropología e historia de las mentalidades), no suele practicar más que de forma marginal: una adecuada explicación genética de los hechos, que no necesariamente tiene por qué ser diacrónica ni ingenuamente evolucionista.

A falta de ésto, y siguiendo una tradición muy típica del ensayismo liberal español sobre los "males de España" (Altamira, Alborno, Castro, a quienes cita con cierta profusión-- sin otorgar, curiosamente, la más mínima mención a Madariaga o Sánchez Alborno), el análisis cruzado de los tópicos (su paradójalización), la elección impresionista (pero elevada a categoría explicativa) de determinado rasgo caracterial o definitorio, y una filosofía del lenguaje de cuño casi cervantino (la que rastrea las paradojas del carácter español en las ambigüedades de nuestra lengua), sustituyen a una



reconstrucción dialéctica de los elementos contradictorios, pero perfectamente trabados, del “carácter español”.

Dicho “carácter”, hay que admitir con D.Julio Caro, que a la vez existe en el tópico, y sin embargo no puede sostenerse en términos teóricos. Y por ahí va la démarche argumentativa de Amando de Miguel, quien no tiene más remedio que admitir, por un lado, que conforme a las sesudas y contradictorias caracterizaciones clásicas ( es decir del 98 y sus secuelas ), “en definitiva, el español, es cualquier cosa”; y por otro, suponer que hay determinados rasgos prototípicos, de entre los cuales, por redundancia, se colige que destaca (puesto que por ella explica el sexo, la política, las clases de edad, la religiosidad y la crueldad españolas) la teatralidad de la convivencia española, y de lo que Goffman llamaría la “presentación pública del self” hispano.

Se trata, con todo, de limitaciones conceptuales y cortedades argumentativas que están en función de aquéllo mismo que señalan e intentan interpretar. Raro sería, dicho sea en términos antropológicos, que un individuo surgido de las condiciones contradictorias y obsecadoras que se citan estuviera dotado de una penetración trashistórica que le pusiera a resguardo de ellas. En definitiva, también el vigía, por grandes que sean sus talentos, está sometido a los obstáculos epistemológicos de la cultura que lo ha visto nacer, y que lo dota de ese mismo sentido barroco y verboso de la lengua, que tan convincentes y atractivos hace a los libros de Amando de Miguel.

A.C.

ANTONIO DE SOSA (1990)

Diálogo de los mártires de Argel (Edición y prólogo: Emilio Sola & J.M.Parreño)

Madrid: Hiperión

No hay por qué pensar en ninguna misteriosa coincidencia, ni siquiera en una posible relación causa-efecto entre el triunfo electoral del fundamentalismo en Argelia, la creciente preocupación con que Europa mira al Islam norteafricano, y la aparición reciente de varios libros que resucitan o reinterpretan el tema de la piratería berberisca: tema, ligado al problema de la conversión forzada y al peligro musulmán en el Mediterráneo, que configuró en otro tiempo todo un género, y que hoy quizás no pase de ser una curiosidad histórico-literaria.

Comoquiera que sea, al pionero Un Mediterráneo de piratas: Corsarios, renegados y cautivos, de Emilio Sola, aparecido en Tecnos hace dos años, han venido a unirse este año el no menos ameno y erudito El Mar Maldito.

Cautivos y corsarios en el Siglo de Oro (Mondadori), del historiador y antropólogo Emilo Temprano, la reedición en Polifemo del clásico Los corsarios Barbarroja, de Gómara, y (cifra y cima de todos ellos) Los cristianos de Alá (Nerea), de Bartolomé y Lucille Bennassar, ejemplar combinación de rigor documental y habilidad narrativo-expositiva.

Todos estos libros, que actualizan un material en su época de casi periodística actualidad (del que son ejemplos clásicos Los baños de Argel, de Cervantes y el Tratado de redención de cautivos, del P. Jerónimo Gracián), sirven a la vez de enmarque y ampliación al que aquí se comenta, cuyas virtudes propagandísticas de otro tiempo (precisamente debido al carácter de cómic avant-la-lettre que los retablos catequéticos y las vidas de santos tienen por esencia), se ven hoy trasmutadas en viñetas aventureras, morbosamente sublimadas, y más próximas al género de viajes que a la hagiografía.

El diálogo y los treinta exempla o relatos que componen este libro forman parte de una obra tan prolija como fundamental, La Topographia e historia general de Argel, atribuída hasta hace algunos años al canónigo Diego de Haedo, y adjudicada por Camamis a quien ahora aparece firmando el libro (caso curiosamente paralelo, en todos los sentidos, al del Viaje a Turquía, tan largo tiempo atribuído a Villalón, hasta que Bataillon certificó la autoría del casi desconocido Dr. Laguna): Antonio de Sosa, compañero de cautiverio en Argel de Cervantes, y del que poco más se sabe, salvo que debió morir en Palermo bajo la protección del tío de Haedo, arzobispo a la sazón de la ciudad y capitán general de Sicilia, quien se apropió del escrito tan trabajosamente redactado por el ex-cautivo.

La imagen que extraemos del texto de Sosa, con su apasionada viveza vindicativa (panfletaria-- o hagiográfica, si se quiere-- por el contexto polémico de la época, pero también altamente evocativa, en la línea de las "novelas de cautivos" de Cervantes), y a pesar de su espasmódico relato aviñetado, tiene la riqueza de un tratado concebido a la manera de un gran fresco: cada relato ejemplar por sí solo, y el conjunto en sus múltiples interconexiones, presentan una maraña de trasiegos humanos, de equívocos, encuentros y evanescencias, venganzas y huidas azarosas, renegaciones, apostasías y contrapostasías, que conforman una trama ficcional de tipo bizantino, casualmente ocurrida en la realidad, y superior en carga aventurera, en potencial narrativo, a la ficción misma de la época.

La perspectiva es fundamentalmente heróica, y los protagonistas aparecen por ello reducidos a sus características más esquemáticas, optando como per saltum entre la fé de la crianza y aquélla en que el azar los ha situado, cambiando de identidad al albur de azares y reencuentros. Pero, por debajo de ese reduccionismo épico, puede adivinarse la profunda comprensión

que hacia unos sujetos sumidos en la confusión y el desasosiego, escindidos entre el juego de identidades y constricciones culturales del momento, vemos claramente expresada (con intención pastoral) en el Tratado de Jerónimo Gracián: comprensión que acaba trasmutándose-- de manera partidista -- en la piedad que despiertan los héroes de la fé, o en la admiración que suscitan las rebeliones armadas de los galeotes y los esclavos cristianos, no pocas veces ayudados por renegados que encuentran en ese momento el gesto trascendental que finalmente los redime.

Hay un aire de tragedia en no pocas de las historias, aunque de la tragedia clásica sólo aparezca aceptado en el relato el efecto desastroso, ya que el buen católico contrarreformado que es Sosa no puede aceptar sin más la existencia de un fatum de tufo calvinista: el hado, sin embargo, existe en la aciaga confrontación entre dos sistemas de vida y pensamiento que cercan como una red a los individuos.

Estos no pueden hacer otra cosa que entregarse en brazos del azar, o resistirse a él testarudamente, viendo en el sacrificio exigido el dedo inescrutable de la Divinidad (Inshallah!): lo que, en las estampas propagandísticas de Sosa, aparece las más de las veces (salvo en el caso del santón loco que confiesa la verdadera fé: conversión misteriosa que el propio Sosa no sabe explicar), interpretado como consecuencia de la voluntad consciente del implicado (mártir o renegado), cuando la complicada trama de los hechos nos deja más bien ver un puro pendular entre dos extremos igualmente constriñentes, regidos por la ley de la oportunidad.

Oportunismo y destino parecen regir la vida de ese pulular de individualidades, que Antonio de Sosa introduce como trasfondo de aquellos que singulariza como mártires. Estos parecen optar libremente por el lado del bien, pero uno tiene la sospecha de que el fondo erasmista que, consciente o inconscientemente (como en el caso de Cervantes) modula el texto de Sosa, es mucho más comprensivo que el parti pris narrativo que guía el argumento: son demasiadas las variables puestas en juego, demasiada la riqueza de los hechos, para que la estampa pueda quedar reducida al simple panfleto.

Hay, sin embargo, un punto sobre el que, al revés que Cervantes (a quien, por cierto, retrata como héroe y casi mártir en una de las viñetas, sin sospechar su fama futura), o que el mismo Gracián, a pesar de su interés ejemplarista y catequético, guarda Sosa piadoso e interesado silencio: el tema de la homosexualidad (la bujarronería, solía decirse en la época) ligada a la conversión al Islam. Tema, éste, que sin bien formaba parte en la época de la propaganda antiislámica europea, está bien documentado y formaba parte del proceso de aculturación islámica, sobre todo de los jóvenes cautivos. Sosa pasa por este asunto como sobre ascuas, a pesar de los numerosos casos de

mancebos renegados o forzados al cambio religioso que aparecen en su martirologio: seguramente los yerros sexuales, aunque forzados, no debieron parecerle a Sosa conformes con la ejemplaridad inmarcesible de los mártires( sobre todo al lado de los Estanislao Kotska y los Luis Gonzaga de la época). O tal vez deba verse aquí la mano expugadora de los Haedo.

A.C.

ANTONIO GALA (1990)

### **El manuscrito carmesí**

Barcelona: Planeta.

Sospechando, por una serie de detalles que hacen a la época y la cultura implicadas, que el "manuscrito carmesí" supuestamente encontrado por Antonio Gala "en una conocida biblioteca de Rabat", como parte de los papeles hallados en la sala secreta de la Mezquita de Karauín, podía ser una pura y lisa falsificación, me puse en contacto con el renombrado paleógrafo de la Universidad de Fez, Prof. Hamid Benengueli, máxima autoridad en documentos andalusíes de los siglos XIV y XV, para que tuviera a bien confirmarme la autenticidad de las supuestas memorias del último rey moro de Granada, de las que el más reciente Premio Planeta se presenta como mero trascrptor.

Su contestación no tardó en llegarme. Decía así:

"No es ningún secreto desde hace algún tiempo, en los medios académicos marroquíes, que las supuestas memorias de Muhammad Abu Abd-Allah, el último rey musulmán de Granada, conocidas por el nombre de El manuscrito carmesí, son una falsificación reciente que nunca estuvo en la sala tapiada descubierta en 1931 en la Karauín de Fez, ni por supuesto salieron jamás de las manos del que las crónicas cristianas llaman "el Rey Chiquito".

"De dicho manuscrito existen varias copias, todas ellas finamente encuademadas y escritas en muy verosímil al-jatt al-masub, o cúfico de corte, que han ido a parar a varias bibliotecas públicas de este país y algunas colecciones privadas del extranjero, por lo que no es improbable que el escritor de quien me habla haya dado con el existente en la Biblioteca Real de Rabat, y creyéndolo un original inédito pensara que descubría un inapreciable documento sobre la vida, obras y pensamientos del enigmático Abu Abd-Allah, de quien poco se sabe tras su marcha de Al-Andalus, ni se tiene noticia que dejara ningún escrito autobiográfico, como su homónimo y antecesor, el último zirí granadino-- cuyo estilo y contemptus mundi en general intenta remedar, de forma más bien inepta y anacrónica, la mixtificación que nos

ocupa.

“Son muchas las razones, puramente temáticas y estilísticas, que corroboran el carácter apócrifo de estas supuestas memorias, pero, para no cansarle, se las daré resumidas en palabras de un autor anónimo que ha querido, a su vez, y supongo que para burlarse de las inconsecuencias del Manuscrito Carmesí, adoptar la voz del malhadado Abu Abd-Allah. Este texto que, con cierto ánimo de escarnio se denomina El Manuscrito Gualda (en árabe Al-Risala as-safran), ha empezado a circular hace poco por los medios académicos marroquíes, y supongo que no tardará mucho en convertirse en ficción novelada, merced a uno de esos múltiples imitadores del libanés Maaluf (¡Allah lo envíe al Yahhanam!), que se empeñan en sacar de su imperturbable reposo a nuestros mejores poetas y reyes, con memorias y confesiones apócrifas, so capa de darlos a conocer mejor.

“He aquí el texto:

En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo, el Señor de los Mundos, yo, Muhammad Abu Abd-Allah ibn Ali ibn Nasar, último rey legítimo de Granada, ante la aparición de unas supuestas memorias escritas de mi mano, que pretendiendo calumniar mi buen nombre, algún enemigo mío (¡Allah Todopoderoso lo condene por siempre!) ha tenido la mala fé de fabular, quiero dejar constancia de que nunca tal escrito salió de mi pluma, ni jamás ninguno de los hechos o pensamientos que allí se me atribuyen, salvo aquéllos corroborados por las crónicas hasta mi exilio en estas tierras del Magreb donde termino mis días, tuvo lugar ni en la realidad ni en mis mientes, siendo todos ellos infundios forjados por algún agente de Isabel y Fernando que, so color de favorecer mi memoria, no hacen sino tergiversarla y mancillarla, y con ella la fé y la cultura en que nací y espero morir(Inshallah!)

¿A quién , sino a un tal, a un infiel, se le ocurriría atribuirme un amor a los perros que ningún buen musulmán tiene, y aún escarnecer la fé del Islam , llamando a mi supuesto perro Din, que quiere decir “religión”, y no cualquiera, sino la del Dios Altísimo, revelada por Yabril al Apóstol?

¿A quien , sino a un tal, por puro afán de infamarme, y desconociendo por entero lo que el sexo y el placer representan para un musulmán, se le ocurriría poner en mi boca las confesiones de amor efébo en que el malhadado Manuscrito Carmesí se complace? Que Ibn Rusafi, Ibn Qusman y Abu Nuwas, entre otros grandes poetas se hayan

complacido en cantar el vicio de Lot no quiere decir que cualquier musulmán, y menos aún un rey se goce en ello, o si se goza lo haga público mostrando la fijación impúdica de un despreciable atay. Ahí están las memorias de mi antecesor en el trono granadino, Abd-Allah el Zirí, que el apócrifo tan torpemente intenta imitar, para demostrar la livindad de tales placeres, que sólo a los poetas obsesionan. Y en cuanto a la inverosímil escena de amor con Farax, en el hammam de palacio: ¿puede a otro que a un atay cristiano ocurrírsele una escena tal entre dos compañeros de armas? ¿Pues quién resultó allí sodomizado: el rey, para vergüenza de su paladín, o el campeón para vergüenza de su amo y Señor?

¿Puede, acaso, ser otra su intención que la de maltratar mi buen nombre el achacar a mi pluma toda esa sarta de malas imitaciones de Ibn al Jatib e Ibn Zamrak, que siembran las páginas de Manuscrito Carmesí? ¿Es posible que quien ha pasado su infancia leyendo las inscripciones de los poetas de la Alhambra pueda ser tan mal poeta, si no es porque el fautor del apócrifo resulta ser tan poco inspirado vate como mal imitador?

Bien es cierto que nunca descollé como historiador, pero he leído lo suficiente del Ajbar Machmua, de Ibn al-Qutiya y de ibn al-Athir, para no suscribir las sandeces que el falsificador pone en mi pluma sobre la introducción del Islam en mi amada Al-Andalus. La tesis de que Tarik era goda y que los musulmanes españoles fueron originalmente herejes (para cristianos "asociacionistas") unitarios es tan absurda como hablar de una corriente musulmana oculta en La Meca y Yasrib, que la predicación del Profeta meramente habría venido a despertar. Conozco lo suficiente a los andalusíes, y a los españoles en general, para saber de su volubilidad tornadiza, su amor por las novedades ventajosas y su debilidad por lo simple y poco impositivo: y nada más libérrimo en este sentido que nuestra Fé, que admite todo tipo de usos tras la profesión formularia del "Testimonio" que convierte al infiel en musulmán.

Tampoco me precio de ser un gran narrador, ya que no fui educado para tal, aprendiendo en las plazas el arte de fascinar al auditorio con un verbo lleno de encantos y aventuras, pero sé lo suficiente del arte de la galanura y el respeto a huéspedes y contertulios para tener presentes siempre la amenidad como máxima regla de cortesía de quien quiere relatar algo. Nunca se me ocurriría ni repetir, de forma aún más

monótona, lo que ya está inscrito en las crónicas, en lo referente a batallas, escaramuzas políticas, protocolos, traiciones y rendiciones, ni hacer el relato de mis hazañas y desgracias tan poco llevadero a ratos, como para desear una recaída en los suspiros, la melancolía poética y los amores innombrables que ocupan el resto del manuscrito apócrifo. En una palabra, que aún tratándose de unas supuestas confesiones secretas, que sólo la casualidad habría dado a la luz pública, nunca me hubiera atrevido a aburrirme a mi mismo, del modo que el Manuscrito Carmesí lo hace, reirerando el relato de cuanto Andrés Bernaldez y Fernando del Pulgar, entre otros, cuentan con tan gran eficacia y precisión. Y hay que decir que el relato de cuanto tiene que ver con la época de mi prisión, las escaramuzas con mi tío El Zagal, la última defensa de Granada y su rendición podría servir para dormir a toda una corte de dueñas de las que rodean y sirven a la rechoncha Isabel.

El tono, por lo demás, del libro, es tan lamentablemente falso en su afán de ser veraz e íntimo, que no logro entender cómo del intento de imitar las memorias del último rey Zirí, pudo haber salido esta contrahechura añorante y blanda-- salvo en contados pasajes, concretamente los referidos al vicio de Lot, que resultan ser los más falsos por ser inverosímiles en la confesión de un muslim--que sólo un público tan ignaro y deseoso de falsas novedades, como el que hoy puebla estos reinos, puede dar por buena, sin por ello negar un decoro escribano, una buena caligrafía que la mayor parte de los actuales escritores han perdido del todo.

A.C.

PAUL BOWLES (1990)  
**Momentos en el tiempo**  
Madrid: Mondadori

Pocos subgéneros narrativos, como el medallón y la estampa histórica, resultan tan agradecidos para convertir la evocación del pasado-- no exhaustiva, como la novela histórica, sólo destellos iluminados-- en exquisita obra de arte, destilada por su brevedad, poética por su valor expresivo, gnómica por sus implícitas consecuencias morales. Pocos, también, tan al borde de lo cursi o de lo banal, por su aparente facilidad y la tentación de lo puramente decorativo.

De lo primero, de la pequeña obra de encaje o marquetería cargada de estilizada melancolía passéiste, son ejemplo señero las Vidas imaginarias, de M.Schwob, tan alabadas (e imitadas) por Borges; de lo segundo, del reborde cursi y el decadentismo vacuo, algunas de las Images d'Epinal de la princesa Bibesco.

La pietas posmoderna por el pasado, señalada por Vattimo, y el neodecadentismo (teñido de neoxoticismo, ambos de raíz melancólica) que tiñe la época que nos ha tocado vivir, como consecuencia de la pérdida de confianza en el futuro y el agotamiento de los, por Lyotard, llamados "grandes relatos", han puesto de nuevo de moda estos subgéneros, despojados ya de la función místico-reveladora que los hizo nacer (con el romanticismo) y del trascendentalismo cuasi-filosófico que los llevó a culmen (con el simbolismo).

Paul Bowles, que es de los maestros vivos quien mejor ha sabido conservar y transmitir la herencia romántico-simbolista del relato con moraleja nihilista, cargado de estilizado preciosismo descriptivo y (cima de la síntesis en su caso) tópico pero fresco exotismo, reúne en este libro una serie de estampas históricas de desigual valor y atractivo, claramente apoyadas en el goce añadido que supone su remisión a la documentación fehaciente (como consta en el anexo titulado "notas y fuentes").

Los más logrados son aquéllos (concretamente el II, el VI y el VII) que más recuerdan a sus mejores cuentos de tema marroquí (los de El tiempo de la amistad, como conjunto, y algunos de Un episodio distante): son, de hecho, cuentos más que verdaderas estampas, si no fuera por su subrayado histórico-documental, y en ellos la historia destila una moral de la fatalidad, que convierte a los protagonistas a la vez en marionetas y en héroes.

Los restantes relatos, verdaderas estampas o rosarios de estampas, pecan quizás de un intento de poetización forzada, mediante los más fáciles recursos aplicados al relato: la lentificación y la contextualización abstracta (aunque aparezca fechada por los hechos: todo ocurre en un dramático espacio vacío del pasado). Lo que no obsta para que resulten igualmente deleitables y ambiguamente moralizantes (es decir, no puramente esteticistas), como no podía ser menos en manos de quien ha perfeccionado el arte del relato en la escuela musulmana del narrador de plaza pública.

A.C.

KARLHEINZ DESCHNER (1990)

**Opus diaboli. 14 ensayos inconciliables sobre el trabajo en la viña del Señor.**





Zaragoza: Yalde  
**Historia criminal del Cristianismo (T.I)**  
Barcelona: Martínez Roca

Hay que conocer las circunstancias y la historia del catolicismo alemán para comprender cabalmente estos dos libros del teólogo aficionado K.Deschner, de una sensibilidad tan distinta a cuanto un católico crítico , o incluso un laico militante, pudieran decir en un contexto como el español.

No quiere decir ésto que un católico de izquierda o un agnóstico à la Tierno (ya no quedan librepensadores a la antigua, ni ahora que tanto se celebra a Azaña) no puedan regodearse en las enormidades que Deschner atribuye con razón al cristianismo, e incluso lleguen a suscribirlas como una forma necesaria de hacer historia de la religión. Lo que ya no es tan previsible es que , aún adoptando una postura radicalmente crítica frente a la institucionalidad cristiana, nadie en estas tierras (con excepción quizás de Puente Ojea, por su peculiar y comprensible paranoia antivaticana) escribiera los libros que Deschner lleva escritos sobre la religión dominante en Occidente, y que llevan títulos como los dos aquí reseñados, y otros tan sugerents como Iglesia y fascismo, Y el gallo cantó de nuevo o La iglesia ¡qué cruz! (este último subtulado "historia sexual del cristianismo").

Sólo una iglesia tan conservadora y autosatisfecha, tan bien nutrida de dádivas y tan adicta al orden político imperante del signo que sea (tanto si éste era oficialmente luterano, como bajo el el Imperio Prusiano, como cuando se proclamó "pagano", con el III Reich), despojada, por otro lado, de todo poder de coerción político propiamente dicho, y carente de instrumento represivos de control como la Inquisición, puede dar lugar a eclesiologías tan críticas como la de Rahner o la de Küng, y a críticas del dogma o la historia eclesial tan crispadas como la de Ute Ranke-Heinemann o el propio Denscher.

Es como si, enfrentado con un aparato de control ideológico tan fuerte, pero en el contexto de un Estado policonfesional o laico, teniendo por tanto que alzarse contra una institución que no le opone una represión penal, sino que lo amenaza sólo con penas espirituales (aunque el propio Deschner y algún otro han tenido que sufrir querellas por injurias por parte de la jerarquía eclesiástica alemana) , el disidente católico alemán, que en puridad pudiera salirse de la institucionalidad católica, y hacerse protestante (con lo que poco ganaría, porque la Iglesia luterana no es sino la contrahechura de aquélla de la ue se desgajó), va enconándose en su criticismo, sin llegar jamás a la ruptura, o termina como expulso de una Iglesia de cuya fascinación horrorizada no puede desprenderse.

En semejante tesitura, la visión del pasado de la institución perseguidora

no sólo no puede ser razonada en términos de las constricciones materiales y culturales que llegaron a configurarla como tal, sino que adquiere tintes positivamente cargados de responsabilidad personal, se diaboliza bajo la forma de una cadena de personalidades que progresivamente van pervirtiendo, con maléfica intencionalidad, un mensaje que originalmente fué puro, y cuyas premisas benéficas mantienen con taimado cinismo, mientras la institución se va sobrecargando de maléficos efectos.

En esta perspectiva reconstruye Deschner la historia del cristianismo, y sobre estas premisas, de cuño claramente moralista y prosapia perfectamente católica (la idea de pecado como imputación personal, fruto de una elección responsable y no de la determinación ambiental, aparece aplicada con rigor en todas las feroces críticas del teólogo de Bamberg al cristianismo institucional), construye sus, por otro lado, magníficamente documentadas críticas a la Iglesia Católica.

Obispos y papas simoníacos, cínicos y perversos; emperadores con ínfulas pontificales, que unen su defensa fanática de la religión recién adoptada, a la acumulación de crímenes y sacrilegios de todo tipo; teólogos ávidos de poder y celosos de sus rivales, hasta llegar a la eliminación física; exterminios de sectas y poblaciones rebeldes; manipulaciones historiográficas y libelismos partidistas de todo tipo (Eusebio de Cesarea es, a este respecto, la verdadera bête noire de Denscher); conversiones forzadas en masa y maniobras políticas de la más baja especie; todo ello continuando una tradición inscrita en el Viejo Testamento, donde por primera vez la religión aparece asociada con la voluntad de dominio de una casta sacerdotal y asociada al trono, o pretendiendo sustituir al trono.

Los detalles anecdóticos que aporta Deschner, con cuidadosa e irrefutable documentación, son abrumadores, en lo que hace a la historia del cristianismo primitivo hasta los sucesores de Constantino, como igualmente lo son, en un fascinante y entretenidísimo abanico temático, los referidos en Opus Diaboli respecto de los papas recientes, la (falsa) "Donatio Constatiniana", el culto de la Virgen, las interioridades de la Iglesia alemana, o la connivencia del papado con el fascismo. Pero la maraña de las acusaciones, el barroquisimo de las imputaciones, la minuciosidad paranoico-obsesiva de la acumulación de cargos, tapan la comprensión del bosque católico como conjunto ecológicamente ordenado.

Tan sólo un detalle: al tratar de los crímenes de Constante, cita como al paso (sin especificar quiénes son ni qué fórmulas dogmáticas los diferencian: una constante en la exposición de Denscher) a los donatistas del Africa romana, y enumera las vejaciones de que fueron objeto para someterlos a la jerarquía católica. Ni una palabra sobre el brazo armado de la secta, los

circuncelliones, verdaderos antecedentes del terrorismo actual por sus métodos, ni de las causas reales de la disidencia donatista, su background étnico y su fanatismo martirial: el método de Deschner, consistente en acumular pruebas criminales en contra de la institucionalidad cristiana, no permite comprender los elementos de especularización que se dan en toda disidencia, ni la dialéctica entre circunstancias, constricciones culturales e intencionalidad humana que hacen de cada movimiento históricoun entramado de causas y efectos, en los que resulta difícil discernir las responsabilidades personales.

No obstante lo cual, es de agradecer que , a estas alturas y en un país como éste, donde hemos pasado de comernos a los curas a aceptar como normal su intolerancia moral, libros como los de Deschner vengan a recordarnos que aún hay quien se toma en serio la crítica de la religión.

A.C.

**JULIA KRISTEVA (1990)**

**Los samurais**

Barcelona: Plaza & Janés

Ha sido, al parecer, un freudiano ejercicio de duelo y melancolía el que ha llevado a Julia Kristeva (apellidada "Joyaux" en su primer libro francés, y convertida ahora para la ficción en "Olga Morena") a escribir este sonrojante remake de Les mandarins, con aspiraciones de novela, y realidad de memorias vergonzantes.

La añoranza del pasado justifica ciertamente una pulsión reintegradora que resuklta en muchos casos un buen móvil literario, pero el recuerdo por sí solo no otorga categoría literaria: hay ejercicios de la memoria célebres y ejemplares, y otros que mejor hubieran hecho en sumirse para siempre en las aguas del Leteo. El que Julia Kristeva lleva a cabo en Los samurais es de los últimos, y lo que es peor, Mnemosyne se ha mostrado en este caso cruel y vengadora: la reelaboración del recuerdo, en vez de mejorar el pasado, lo hunde en el descrédito, y hace que quienes en un tiempo admiraron a Kristeva como teórica de la literatura (menos como psicoanalista), empiecen a preguntarse si esta "Olga Morena" cursi, snob, redicha, chismosa y babeante, es la misma que en otro eón o avatara produjo El texto de la novela, Semeiotiké y La révolution du langage poétique.

Algo debe haber sentido ella misma, cuando ha necesitado darse en la trama misma de la novela ese contrapunto cauteloso que es la psicoanalista

Joëlle Cabarus, cuyas notas críticas recogen este comentario (de una aniga) sin desperdicio: "-- Los samurais. ¡Qué pasada! Mira que dedicarse a hacer literatura infanti ldespués de tantas pretensiones intelectuales...". Lo que la comprensiva Cabarus (que se quiere una especie de nueva Mme. Tallien de los salones post-68) apostilla: "A fin de cuentas quizás no valga la pena escribir más que para rehacer el juego de la vida y la muerte al estilo de los niños que hemos olvidado ser".

Perfecto gambito estilístico que, a un tiempo, pretende justificar lo injustificable (una cosa es que queramos recuperar la infancia y otra que los hagamos balbuciendo literariamente), y dotarse de todo tipo de recursos estilísticos cautelares (entre otras muchas remisiones y guiños, reverberan aquí Rabelais, Bajtin y hasta Jean de Saintré ¡pero cuán degradados!), con los que-- dommage!-- no ha logrado engañar a una crítica que tal vez pueda perdonar, e incluso alabar, las ingenuidades sentimentales de los quiosqueros metidos a literatos, pero no soporta la pretenciosidad disfrazada de reflexión distanciada, la cursilería con humos de refinamiento crítico (que, para colmo, se presenta como puesto por obra en el texto mismo).

Si un rasgo de infantilismo hay en el intento "novelesco" de Kristeva, no está ciertamente en el deseo de recuperar el paraíso perdido, cuanto en creer que su relato podía tener altura e interés literarios por el sólo hecho de ser súyos, sin darse cuenta de que quienes la admiraron en otro tiempo podían llegar a aburrirse del juego de ir adivinando nombres detrás de torpes anagramas (cuando los retratos resultan tan superficiales y las revelaciones tan poco interesantes-- con excepción del personaje de Cazenave, tópicamente escandaloso, pero curioso por tratarse seguramente de Godelier), mientras que quienes no participaron de la mitología de la Rive Gauche sólo llegan a captar observaciones horteras y complicidades impenetrables (porque los protagonistas no están contruídos como personajes de ficción: están atados a sus referentes y funcionan por anamorfosis), que les hablan de un mundo obsoleto y finiquitado, cuyos restos más perdurables Kristeva acaba de tirar a la basura con este símil de novela.

A.C.

CL.LÉVI-STRAUSS  
De cerca y de lejos  
Madrid: Alianza

Con la excepción reciente de F.Jacob (sus memorias, bajo el título de La estatua interior han aparecido hace poco en Tusquets) , la relativamente próxima de R.Aron, y el mi-dire de Barthes en Incidentes , los "maestros de

pensamiento" franceses parecen poco dispuestos a escribir sus autobiografías, como si semejante género, que alcanzó su ambigua cúspide con las Antimémoires de Malraux estuviera ligado a una época, la del "compromiso", que terminó con la muerte de su mejor representante, J.-P.Sartre.

No se niegan, sin embargo, los viejos maestros a dejarse entrevistar, y a desgranar, en prolijas y bien preparadas entrevistas, sus recuerdos personales en estrecha trabazón con su itinerario intelectual. De este género de entrevista-memoria, o autobiografía dialogada, tenemos varios ejemplos últimos, desde la larga confesión dialogal de M.Leiris, publicada en el no. 4 de la revista Gradhiva, hasta la larga conversación (más teórica que vital) de Giorello & Morini con René Thom (Parábolas y catástrofes, Tusquets, col. Metatemas). Pero sin duda quien ha llevado este género a su cima, tanto en extensión como en intensidad-- siguiendo los pasos de Bellour y Caruso, que se ensayaron con todos los mandarines del estructuralismo-- ha sido Disier Eribon: sus Entretiens con G.Dumézil desvelaron la intimidad de un maestro que parecía no tener otra vida interior que la de la trifuncionalidad indeuropea; ahora, con la larga entrevista a Lévi-Strauss que aquí se comenta, nos entrega la mejor summa de los recuerdos y el itinerario vital-intelectual del padre del Estructuralismo.

Se trata, todo hay que decirlo, de una entrevista en la que el el trabajo del reelaboración del entrevistado, al menos, es tan importante como el que el entrevistador se ha tomado para sortear los temas más escabrosos de la más reciente biografía del Maestro. Lo que, si no le quita verdad (no teniendo ésta nada que ver con la espontaneidad), si priva al conjunto de incisividad y hasta de sorpresa: como si todo estuviera demasiado preparado, rebozado de cortesanía académica, inhibidas ciertas preguntas por una autoimpuesta contención del entrevistador.

Ni que decir tiene que la memoria de Lévi-Strauss (por mórbida que a él le semeje dicha facultad) es lo suficientemente aguda como para revivir ofensas y perdonar odios, para analizar con frialdad confluencias fallidas y reaccionar con pasión ante polémicas que aún colean. Pero la suma final resulta ambigua por fundarse en un presupuesto falso: el de que Lévi-Strauss es un maestro incuestionado, cuando está hoy al borde del olvido; que ha alcanzado la impassibilidad de los inmortales (aunque por definición sea tal, al ser miembro de l'Academie), sin renunciar a seguir vivo.

Este non-dit de toda la entrevista es, por otro lado, lo que la hace posible, porque no habiendo Lévi-Strauss querido enterrarse en vida para alcanzar la inmortalidad, y siguiendo como sigue sobreviviéndose a sí mismo a base de descartes de su magnum opus (de tales está hecha explícitamente La alfarera celosa) y nuevas recopilaciones de lo viejo (ahí está el reciente Des

symboles et ses doubles, que incluye incluso un artículo de Guiart sobre “El análisis estructural de los mitos”, con inauditos ecos (de los 60), no se muestra muy afecto de las críticas ni de las interpelaciones extemporáneas.

Hubiérale preguntado Eribon sobre la nueva antropología americana, la masiva influencia de la hermenéutica o el nuevo magisterio de Cl.Geertz, o simplemente por qué no es llamado a consulta al Eliseo sobre los problemas coloniales pendientes de Francia, y toda la paciente labor de repesca memorística del hábil entrevistador se hubiera venido al traste, frente a un Maestro arisco, contradictor y reticente. Afortunadamente, Didier Eribon admira demasiado a la figura que entrevista como para mostrarse impertinente con ella, y es esta actitud de respeto fetichizado la que ha permitido sacar a la luz recuerdos y puntos de vista que, de otra forma, se hubieran perdido en esa “aniquilación en la evidencia de su caducidad” que, con timbre wagneriano, anunciaba Lévi-Strauss al final de El hombre desnudo.

A.C.

# ediciones **PAIDOS**

- FERNAND LÉGER: **Funciones de la pintura**
- JOAQUÍN TORRES-GARCÍA: **Historia de mi vida**
- ABRAHAM MOLES: **El Kitsch. El arte de la felicidad**
- HANS-GEORGE GADAMER: **La actualidad de lo bello**
- LAURENCE SCHIFANO: **Luchino Visconti: El fuego de la pasión**
- FRANCESCO CASSETTI y FEDERICO DI CHIO: **Cómo analizar un film**
- JACQUES AUMONT y MICHEL MARIE: **Análisis del film**
- ROLAND BARTHES: **La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía**
- LORENZO GOMIS: **Teoría del periodismo**
- TEUN A. VAN DIJK: **La noticia como discurso**
- FRANÇOISE ASKEVIS-LEHERPEUX: **La superstición**
- MAESTRO TAKUAN: **Misterios de la sabiduría inmóvil**
- ALFRED LOISY: **Los misterios paganos y el misterio cristiano**
- AL SULAMI: **Futuwah. Tratado de caballería sufi**
- MARGARET MEAD: **Adolescencia y cultura en Samoa**
- SUZEL FUZEAU-BRAESCH: **Introducción a la astrología**
- STEPHEN TOULMIN y JUNE GOODFIELD: **El descubrimiento del tiempo**
- JACQUES LE GOFF: **Pensar la historia**
- JACQUES LE GOFF: **El orden de la memoria**
- PIERRE BOURDIEU: **La ontología política de Martin Heidegger**
- GIORGIO COLLI: **El libro de nuestra crisis**
- KARL-OTTO APEL: **Teoría de la verdad y ética del discurso**

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre y apellidos.....

Dirección.....

Ciudad..... C.P. .... País.....

### **Tipos de suscripción:**

Normal (4 nos.)..... Ptas. 2.000

De apoyo (4 nos.)..... Ptas. 3.000

Extranjero (4 nos.)..... Ptas. 3.500

### **Forma de Pago:**

\* Talón nominativo no.: .....

\* Giro Postal no.: .....

\* Transferencia bancaria: .....

N.B.: Los talones nominativos deberán enviarse a nombre de Joan Badia.  
Las transferencias bancarias, al mismo nombre, y a la c.c. no. 458-02 de la Caixa  
de Pensions. Agencia Emancipació (548).



# TUSQUETS EDITORES

- Persona non grata*, Jorge Edwards  
Una relación inconveniente, Anita Brookner  
Memorias de un librero pornógrafo, Armand Coppens  
En las cimas de la desesperación, E. M. Cioran  
Te llamaré Viernes, Almudena Grandes  
Cándido o Un sueño siciliano, Leonardo Sciascia  
El nacimiento del tiempo, Ilya Prigogine  
La ciudad de las redes (Retrato de Hollywood en los años 40),  
Otto Friedrich  
El camino de San Giovanni, Italo Calvino  
Chicago Loop, Paul Theroux  
Una muñeca rusa, Adolfo Bioy Casares  
La Casa Pushkin, Andrei Bítov  
Al amigo que no me salvó la vida, Hervé Guibert  
La invención y la trama (Obras escogidas), Adolfo Bioy Casares  
D de deuda, Sue Grafton  
Con razón y sin ella, Henri Atlan  
La bella, enigma y pesadilla, Pilar Pedraza  
Jazz Cleopatra (Josephine Baker y su tiempo), Phyllis Rose  
Al hombre que quería ser culpable, Henrik Stangerup  
El infinito en todas direcciones, Freeman Dyson  
Cómo reorganizar Rusia (Reflexiones en la medida de mis fuerzas),  
Alexandr Solzhenitsyn  
Historia de R., Gaia Servadio  
Boris Vian, el príncipe de Saint-Germain, Klaus Völker  
El arrancacorazones, Boris Vian  
Byron, Sigrid Combüchen  
Los hermosos años del castigo, Fleur Jaeggy  
Tratado de armonía, Antonio Colinas  
Destruir, dice, Marguerite Duras  
El regreso de Conejo, John Updike  
Historia de una prostituta vienesa, Josefine Mutzenbacher

# ANTHROPOS

EDITORIAL DEL HOMBRE

Central: Apartado 387 08190 SANT CUGAT DEL VALLÈS (Barcelona). Tel. (93) 674 60 04  
 Delegación: Norte, 23 bis., izqda. 28015 MADRID. Tel. (91) 522 53 48



ARTE

*filosofía*

*sociología*

CATEDRA

Turner



Alianza Editorial

*tecnos*

**grupo distribuidor editorial · s/a**

Roselló, 41 - 45  
08029 Barcelona  
Tels. (93) 419 49 05 / 419 49 65



